

Un "pronunciamiento" de la civilidad

Septiembre es el mes de la patria. En septiembre de 1973 una mayoría del país parecía cansada de los resquicios legales y del estancamiento en los esfuerzos de diálogo. Por ese camino nos acercábamos peligrosamente a una situación de ingobernabilidad. Se produjo entonces el pronunciamiento militar. Han pasado los años y en muchos aspectos nos encontramos atrapados en el proceso de la transición. Nadie desea perder los progresos que hemos hecho. Tenemos la responsabilidad de evitar a tiempo la parálisis y el desencanto frente a nuestra democracia. Debemos reaccionar.

Ha llegado la hora de que la sociedad civil haga un "pronunciamiento" con vigor y con altura de miras. Las fuerzas vivas políticas, intelectuales, económicas, sociales y morales, deponiendo toda actitud mezquina y partidista, debemos encontrar pronto una solución. Nuestras armas no son la fuerza sino el diálogo, el respeto, la razón, la verdad, los valores éticos, la democracia y la credibilidad internacional.

**EL MIEDO ES
UN MAL CONSEJERO**

Hoy es impensable un golpe. No se dan las condiciones. Las Fuerzas Armadas tienen claridad en este punto y así lo han manifestado más de una vez sus personeros más responsables. Cualquier intento en ese sentido estaría condenado al más rotundo fracaso. Sería una asonada tan antipatriótica por las consecuencias internas e internacionales, que el país no podría aceptarla; se detendría en seco, con peligro de destruir de golpe todo lo que hemos hecho. Nuestros lazos con el resto del mundo se romperían con consecuencias incalculables. El más elemental análisis racional de nuestra situación no puede dejar dudas en este punto. No es tanto la presencia de una persona quien asegura que no haya desbordes; es la realidad misma de las cosas que analizamos y el mínimo esperable de sentido patriótico los que aseguran el fracaso definitivo de todo gesto aventurero. Ahí radica la fortaleza de las fuerzas democráticas.

Sin embargo, el fantasma de lo acontecido en el pasado, de los padecimientos sufridos por todos, del desorden, puede jugarlos una mala pasada y llenar de temor a las clase política. El miedo nunca ha sido un buen consejero. Es verdad que no podemos olvidar lo que vivimos y por eso se requiere mucha prudencia y mucho respeto a personas e instituciones, pero eso no puede confundirse con el temor. No es bueno que por miedo perdamos la dignidad y el instinto democrático. Es necesaria la claridad y la firmeza que dan la razón y el derecho. Las soluciones alcanzadas por falsa prudencia y por temor no son soluciones y seguirán enturbiando la democratización y el desarrollo.

**NO CONFUNDIR
LOS PROBLEMAS**

Se han formulado varias propuestas para encarar la situación que vivimos. Desgraciadamente, con frecuencia se confunden los términos del problema haciendo más difíciles las soluciones. Algunos dicen querer resolver "el problema de los derechos humanos", cuando en verdad parece preocuparles más bien el problema que se plantea a algunos miembros de las FF.AA. Se caratula con el nombre de "problema de los derechos humanos" un problema propiamente militar, sin buscar una solución verdaderamente satisfactoria para quienes quieren enterrar a sus muertos o al menos saber qué pasó con ellos.

A decir verdad hay dos problemas diferentes aunque relacionados. Uno es propiamente el de derechos humanos planteado por los detenidos desaparecidos. Otro diferente es el de la correcta inserción de las FF.AA. en el cuadro de un Chile democrático. Este último es más amplio y complejo que las dificultades que pueda presentar un diálogo cívico-militar y ciertamente no se limita a las situaciones procesales. Con sólo terminar los juicios que existen contra los militares, tal vez se remueve un obstáculo, pero no sólo no se resuelve cabalmente sino que podría hasta agravarse la adecuada sumisión militar a las autoridades civiles.

Aunque se relacionen los temas, no se deben mezclar considerando que al resolver uno queda el otro solucionado. El orden y modo en que se encararan los problemas es cuestión de prudencia política para no paralizar las otras esferas de la vida nacional que interesan a la población.

DIGNIFICAR LA JUSTICIA

En estas circunstancias es necesario dar a la justicia todos los medios para que pueda ejercer su imperio libre e independientemente, ateniéndose a las leyes interpretadas según su verdadero espíritu. Sólo a ella le corresponde determinar culpabilidades con equidad, prudencia y apego a la verdad. Una justicia vigorosa, respetada y acatada por todos es la mejor prenda de verdadera paz. Ella permite dejar a salvo la honra de personas e instituciones, evitando "arreglines" secretos o silencios que dejan la impresión de que «algo huele mal en Dinamarca».

Parece existir un grave temor frente al modo de proceder de la justicia. ¿Cómo se explica de otro modo que se guarden carpetas acusadoras sin entregar los antecedentes a quienes pueden resolver los casos con competencia, evitando chantajes y continuos malentendidos? ¿A la larga no queda mejor guardada la razón de Estado y la honra de las personas si la justicia puede actuar con independencia, aclarando aquellos hechos que la opinión pública considera oscuros? Si algo debemos olvidar es aquello que dejó la impresión de una justicia inoperante, para poner todo el empeño y los recursos a fin de que reine plenamente entre nosotros el imperio justo de la ley.

LÍNEAS PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS PENDIENTES

Es necesario no ocultar los problemas ni posponerlos indefinidamente. Cualquier solución ha de ser éticamente aceptable. Es importante que en toda propuesta se escuche a los que puedan resultar afectados y de parte de éstos es indispensable la magnanimidad, teniendo en cuenta que "su" problema no es el único que afecta a la convivencia. Esto vale tanto para los familiares de los desaparecidos como para las FF.AA.

Es también necesario no hostilizar a las FF.AA. Pero éstas han de comprender que en la vida democrática es absolutamente normal que los problemas se ventilen en público. Así pasa en todos los países. Al presidente de la República, a los políticos y funcionarios les dicen diariamente cosas más duras que a los militares. Pedir que ellas se despolitizen y cumplan su rol profesional no significa hostigamiento, mucho menos pedir que sus miembros se sometan a la justicia como todos los ciudadanos.

No se pueden buscar soluciones que signifiquen privilegios o que enfrenten a civiles y militares como si se tratara de fuerzas antagónicas. Por eso es peligroso el llamado diálogo cívico-militar como si se tratara de fuerzas políticas enfrentadas.

Para una sana y estable convivencia resulta indispensable despolitizar las FF.AA. que hoy son percibidas como demasiado identificadas con un sector. Gobierno y oposición deben entender esto de modo que su apoyo a los militares no sea una defensa de sus propias posiciones políticas. Pero despolitizar las FF.AA. no puede significar aislarlas.

Para no quedar vueltos al pasado y mirar el futuro hay que esperar y asegurar el retiro digno de personas cuya misma presencia es la presencia del pasado. Para mirar serenamente el futuro será una grave responsabilidad la formación de oficiales jóvenes altamente profesionales, que con una mirada renovada estén dispuestos a integrarse en el cuadro de un país democrático.

Finalmente tampoco es bueno hostilizar a los políticos. Todo lo que desprestigie y hostigue a la clase política y a las autoridades democráticas nos puede acercar a la ingobernabilidad y será también una amenaza para alcanzar las soluciones que todos anhelamos.

Septiembre es el mes de la patria y ella no es propiedad exclusiva de ningún grupo; todos somos chilenos y somos, por igual, responsables del futuro de Chile.

Mensaje

21 de agosto de 1995